



LAS CRÓNICAS
SOBRENATURALES DE

MILENA CROW

MAURO CROCHE
ELIZABETH VALKY

mī

**LAS CRÓNICAS
SOBRENATURALES DE**
MILENA CROW

**MAURO CROCHE
ELIZABETH VALKY**

m̄r

PARTE UNO

EL ACCIDENTE

Hablar de Itzel Guadalupe López Hernández (más conocida en el ámbito periodístico como Milena Crow) es hablar de una sombra, de un susurro misterioso pronunciado en la penumbra, que uno nunca logra entender en toda su dimensión.

Es hablar del sueño americano, y su reverso, que cuando se vuelca sobre uno con la fuerza de un huracán puede hundirte en las más insospechadas profundidades de la locura y la depresión.

Pero es, ante todo, hablar de una mujer. Una mujer joven, bella, inteligente, que un día tuvo que enfrentar la peor de las adversidades humanas y usar cada célula de su mente y su cuerpo para hacerle frente, e intentar salir victoriosa.

Claro que, cuando se trata de fantasmas y demonios, en muchos casos las armas terrenales no sirven de mucho para contenerlos. E Itzel Guadalupe, la chica al borde de la desesperación que conocí a principios del año anterior, en mi estudio de Coney Island, debió enfrentar en soledad a muchos de ellos...

Incluidos los que, a mi criterio profesional, son los más aterríficos, devastadores y en muchos casos imposibles de detener: *los propios demonios del interior*.

2

Será necesario aclarar, antes de empezar con el relato, que gran parte de lo que sé y voy a contar proviene de la misma Itzel, de lo que me contó aquella tarde del primer encuentro, y lo que me siguió contando a medida que nuestro trabajo de investigación avanzó (si es que puede llamárselo así) en el transcurso de dos días. Pero otras tantas las sé por averiguaciones personales, por blogs y escritos que ella ha dejado en el camino, por descripciones de testigos circunstanciales que fui recolectando, y por el relato algo alocado de su madre, que vivía en Iztapalapa (México) en una casita que literalmente era devorada por la pobreza. También hay (a esto lo tengo que decir) una porción de su vida que sigue permaneciendo en sombras, y que yo, inevitablemente, tendré que rellenar con las elucubraciones de mi imaginación, con suposiciones, con parches elaborados de ficción y leyenda a partes iguales. Es inevitable: en la historia de Milena, las implicancias detrás de los hechos son tan enmarañadas, tan monumentales, que haría falta un trabajo de documentación de décadas para intentar llegar a la verdad. Y ni siquiera sé si eso bastaría para acercarse demasiado a ella.

Así que lo que diré puede resumirse así:

Itzel Guadalupe López Hernández, antes de convertirse en Milena Crow, era una chica mexicana de clase baja, brillante en los estudios y ambiciosa en sus metas personales, que un día entrevistó a un próspero empresario estadounidense durante una conferencia de negocios en el Sheraton del DF, y se enamoró de él.

Aunque, a decir verdad, el enamoramiento fue mutuo: un flechazo de esos que solo existen en las películas románticas, y que difícilmente se dan en la realidad. En ese entonces, Itzel tenía

veintiún años, y acababa de recibirse de periodista en la UNAM. Vivía con sus padres en Iztapalapa, y hacía una pasantía para *El Financiero*, periodicucho local dedicado al mundo de los negocios y las finanzas. Fue durante una de estas soporíferas coberturas que conoció a James. Dice Itzel que el hombre estaba apartado del grupo principal, sentado en un sillón y tomando una simple Coca-Cola con hielo. Que eso fue lo primero que le llamó la atención de él: que estuviera bebiendo una bebida popular en lugar de los caros y distinguidos Grey Goose y Rémy Martin que consumían los demás. Que se acercó a él, y con una sonrisa tímida —aunque decidida—, le preguntó si era parte de los principales exponentes de la convención. Entonces James, con una mirada divertida y una sonrisa adorable (aunque también engañosa, diría con súbito rencor Itzel tiempo después), le respondió:

—Sí, exacto. Pero dudo de que estos viejos leones me dejen meter un solo maldito bocado.

Itzel, para su sorpresa, lanzó una risita, como si fuese una colegiala enamorada (cosa que, probablemente y sin que ella lo aceptara, todavía era). James, ampliando su sonrisa, le preguntó si era una de las periodistas asignadas al evento. «Sí», respondió Itzel, y le mostró el cartelito plastificado que llevaba prendido en su camisa. Con impecable cortesía, James observó la acreditación durante unos segundos, sin desviar la mirada siquiera un centímetro hacia arriba (que era donde se abultaba el escote de Itzel) y luego asintió con la cabeza. Bebió un sorbo de su Coca-Cola, depositó el vaso sobre una mesita y luego alzó sus ojos azules hacia ella. Se encogió levemente de hombros.

—¿Y bien? —dijo amablemente divertido—. ¿Vas a hacerme la entrevista, o te quedarás mirando cómo se derriten los hielos de mi vaso?

Y fue así como comenzó todo.

Durante la improvisada entrevista, que Itzel jura casi no recordar, la chica se dio cuenta de que apenas podía despegar su mirada de la de él. James Anderson Miller se veía tan bien, olía tan bien, hablaba tan bien, que era casi imposible no sentirse atraída

(y al mismo tiempo, *asustada*) hacia sus encantos. James era tan distinto a la mayoría de los hombres que ella conocía... hombres por lo general sudorosos y mal hablados, vestidos con harapos, que soltaban palabrotas en cada oración pronunciada y no tenían mayores ambiciones que adquirir el suficiente dinero al final del día para comprar su ración nocturna de vino barato.

Luego de pensar esto, Itzel se sintió culpable. ¿Acaso estaba insinuando que los hombres americanos eran mejores que los de México, los que ella conocía de toda su vida? ¿Mejores incluso que su *propio padre*?

Un breve análisis de la situación le hizo concluir que no, que no era ese el caso. Ella era inteligente y sabía de las ventajas en muchos casos inalcanzables que tienen, desde su mismo nacimiento, los hombres como James. Los James de este mundo nacen en cunas de oro y reciben una educación elitista que la mayoría de los mortales no puede recibir. Los James de este mundo (y esta era la parte que más la perturbaba y le hacía pensar en una injusticia irremediable) eran magnéticos y difíciles de resistir para la gente promedio, a tal punto que los votaban como presidentes y los veneraban como figuras públicas que aparecían en el noticiero de las ocho.

Por ese mismo motivo (se vio obligada a recordarse), los James de este mundo eran peligrosos, y había que andarse con cuidado con ellos.

Cuando la entrevista terminó, James la invitó a una jornada de paseo por Guanajuato para el día siguiente. Él estaba intrigado por las minas abandonadas y por el famoso museo de las momias vivientes. Necesitaba una guía turística que lo llevara por los sitios más secretos del poblado. ¿Estaría la flamante licenciada en periodismo dispuesta a acompañar a aquel solitario empresario gringo a las afueras de la ciudad?

E Itzel Guadalupe, pese a sus escandalizadas —y a esas alturas ya aullantes— resistencias internas, aceptó. Aceptó, y en menos de tres meses, ya estaba casada con él.

Quizá deba, en este punto, realizar un breve alto para defender las acciones de Itzel. Ella era, como ya he dicho, muy inteligente, y tenía una personalidad introvertida aunque enérgica. No se dejaba manipular por nadie, y su andar por el mundo era firme y seguro. Pero (y he aquí la tragedia inevitable de esta historia) ella en ese entonces era joven, y ella en ese entonces era ingenua. La combinación de ambas cosas hace que, en determinados momentos, todas las demás cualidades del intelecto queden anuladas. Y ese momento llegó cuando se enamoró de James, y este, un día de junio (durante un viaje relámpago a California) le propuso matrimonio frente a la costa del Pacífico.

La boda fue fastuosa, elegante, la típica fiesta americana de los americanos ricos en donde abundan los manjares, las bebidas y los escenarios de ensueño; con campiñas verdes y antiguas; y adorables capillas de piedra que se alzan detrás de un paisaje conformado por el verde del mar y el azul del cielo californiano. ¿Exagero? Bueno, tal vez un poco. Pero estoy seguro de que la situación descrita no difiere mucho de la realidad. James se dedicaba a los negocios de importación y exportación pesquera, y tenía tanto dinero como para que él y sus hijos (y quizá sus nietos) vivieran una vida desasosegada. Podía permitirse este tipo de fiestas, y mucho más. Dicen que la boda duró tres días, y hubo serenatas, y mariachis, y shows de fuegos artificiales y quién sabe cuántas fanfarrias más. Asistieron los amigos y parientes de James (que eran alrededor de doscientos, o quizá trescientos) y los parientes de Itzel, llegados desde México en un vuelo chárter alquilado por el mismo James. Eran en total unas cuatrocientas personas que festejaron día y noche la unión de dos personas de culturas

aparentemente opuestas, que decían amarse y soñaban con una vida con hijos, perros, y casa en los suburbios de la costa oeste. El típico sueño americano, hecho realidad, ¿verdad?

Sin embargo, durante la celebración, la felicidad de Itzel no fue completa. Eso se debió a su padre, que decidió no concurrir a la gran celebración.

A diferencia de su madre (que adoraba a James y pensaba como el resto de la familia: que acababan de ganarse la lotería), don Armando Esquivel López, el padre de Itzel, no estuvo de acuerdo con el casamiento de su hija. Decía que el matrimonio estaba destinado a terminar en una desgracia. Don Armando profesaba la religión de los yorubas (que en México es muy popular, sobre todo en los barrios pobres) y a través de la consulta con el *diloggún* o caracol-oráculo había llegado a la conclusión de que lo mejor era que el matrimonio no se llevara a cabo. Por todos los medios trató de convencer a la pobre Itzel de que no siguiera adelante con los preparativos de la gran fiesta. Pero luego, al darse cuenta de que su hija se mantendría firme y no cambiaría de opinión con respecto a James, optó por no concurrir a la ceremonia.

«Es algo que decido con gran dolor, hija, pero no voy a formar parte de algo que podría arruinarle la vida», le dijo don Armando, durante una noche de llantos y abrazos contenidos.

Itzel, en parte, logró comprender a su padre, que era muy creyente de su religión y había regido gran parte de los caminos de su vida en concordancia con los dictados de aquel estúpido caracol. Pero eso no le impidió sentir un profundo dolor por su ausencia. Durante la ceremonia de bodas (me contó Itzel tiempo después), ella a cada rato dirigía miradas hacia el sector donde estaban ubicados sus familiares, como esperando ver la solemne figura de su padre sentada al lado de su madre. Pero don Armando, según supo después Itzel, se pasó ese día en el galpón del fondo de la casa, practicando el *ebbó* en consideración del dios Eleguá y rezando por el destino de su hija. Para quienes desconocen la terminología básica de la religión yoruba, el *ebbó* es el antiguo sacrificio animal que se realiza para pedir por la buena

fortuna o la salud de algún ser querido. Es decir que, mientras Itzel se encontraba en la costa oeste celebrando su matrimonio en una fiesta magnánima, al mismo tiempo su padre se encontraba encerrado en un galpón de chapa, unos tres mil kilómetros más al sur, hablándole al Señor de Todos los Caminos y sacrificando en su honor unas cuantas gallinas viejas.

—¿Y tu madre? —se me ocurrió preguntarle tiempo después—. ¿Cuál fue la reacción de tu madre?

Estábamos en mi oficina del décimo piso, con vistas a la Brighton Bridge y su famosa montaña rusa dispuesta sobre la playa. Los ojos de Itzel estaban rojos y su hablar era muy lento, tanto que por momentos parecía se negaría a seguir moviendo la boca. «Efectos de un ansiolítico no recetado», recuerdo que pensé entonces. «Doble dosis de Clonazepam, o quizá Xanax.» Más tarde, supe que se trataba de ambas cosas. Pero de todas maneras Itzel se las arreglaba para seguir hablando, y no perder el hilo de la conversación.

—¿Mi madre? —respondió después de una pausa. Cada tanto echaba miradas hacia los estantes de mi biblioteca, en donde yo sabía que había un libro en particular que reclamaba toda su atención—. Bueno, ella estaba encantada con él. Lo único que le molestó de James fue la existencia de su primer matrimonio...

El anterior matrimonio de James, en efecto, había durado un suspiro. La ex mujer de James, una bella aunque algo anodina estadounidense oriunda del sur de California, pareció volverse una arpía luego del divorcio. Trató por todos los medios judiciales (y por otros *non sanctos* también) de arruinar a James y quedarse con todos sus bienes. Lo logró en gran parte, pero a James lo salvó un contrato prenupcial que resguardó sus negocios y su casa estilo mediterráneo en Long Beach. Fruto de esa unión malograda nació Alexander, un chico que contaba con cuatro años cuando su padre decidió casarse por segunda vez. Era un niño muy inteligente y, según el decir de Itzel, aceptó muy rápido a su segunda madre y se encariñó con bendecida facilidad con ella. De modo que, aquello de lo que tanto desconfiaba su madre, terminó siendo un gran motivo de felicidad para Itzel.

Casa en los suburbios de Long Beach. Calles con palmeras y céspedes tan verdes como los de un estadio de fútbol. Un hijo adorable y un esposo guapo y rico que juraba quererla. La vida de Itzel, repito, era la que miles de inmigrantes legales e ilegales sueñan al traspasar las fronteras. Solo faltaba algo más para alcanzar la cúspide de la felicidad, y ese algo llegó —si es que puede decirse así— un caluroso viernes de agosto, dos años después del famoso casamiento a orillas del Pacífico, cuando Itzel tuvo a su primer hijo biológico, al que bautizaron con el nombre de Joseph.

Joseph Hernández Miller.

Era un chico bellísimo. Una mezcla perfecta de los rasgos latinos de la madre y los ojos y el cabello más bien arios del padre. Lo mejor de todo era que el chico era tan despierto como su hermano mayor, e incluso más: a los dos años, ya era bilingüe y podía realizar cálculos matemáticos de cierta complejidad, tocaba el piano, era hábil con los deportes y pintaba retratos que dejaban boquiabiertos a sus profesores del *kínder*. Su potencial era, prácticamente, infinito.

Itzel sin dudas estaba en lo mejor de su existencia. Trabajaba de lo que le gustaba, en un periódico local de Long Beach, y tenía una familia preciosa que la apuntalaba. Nunca me lo llegó a decir, pero estoy seguro de que todas las noches rezaba para que su situación permaneciera así durante todo el tiempo posible. Probablemente no rezaba para que fuera *para siempre*, porque bien sabía ella que las tormentas más horribles tarde o temprano se apaciguan y, viceversa (y esto es algo con lo que los ricos de este país temen a diario), los cielos apacibles en algún momento comienzan a poblarse de nubarrones. Pero, con que su felicidad durara un tiempo aceptable (sea lo que signifique eso para una exitosa periodista de veintitrés años), ella prometía conformarse.

Salvo que duró apenas un par de años más.

Salvo que el misterioso accidente nocturno terminó con todo. Y de una forma bestial y desgraciada, que conmoción a la ciudad entera y fue la maledicencia de los periódicos y los canales regionales durante las siguientes semanas.

—*¿Existe la vida después de la muerte? ¿Cabe preguntarse por la existencia de los fantasmas sin caer en la ridiculez y el sinsentido?* Fueron preguntas que nunca pasaron por mi mente hasta que mi hijo de doce años falleció por una afección pulmonar y meses después comencé a verlo jugando en su habitación...

—¿Recuerda cómo fue la primera vez que lo vio?

—No sé si estoy lista para hablar de eso. De verdad, creo que aún no lo estoy.

—¿Aún lo sigue viendo? ¿A su hijo?

—Sí. De hecho, lo estoy viendo en este mismo momento.

—¿En este momento?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Está detrás de usted, jugando al escondite tras las cortinas de esa ventana...

Si siguen con atención los noticieros (o leen con cierta asiduidad los periódicos) seguramente habrán sabido del caso: durante las primeras horas de la noche de 27 de septiembre, una mujer estrelló su Honda SUV contra el pilote de un puente a medio terminar, a la altura de la planta nuclear de Onofre, en la Old Pacific Highway, una vieja carretera que corre paralela a la I-5 en dirección a San Diego. Los motivos del accidente nunca estuvieron claros, aunque se cree que la mujer efectuó una mala maniobra a una velocidad de más de ciento veinte kilómetros por hora, volcando el vehículo e impactándolo contra la dura formación de hierro y cemento.

El caso, que hubiese pasado desapercibido entre otros miles de accidentes de carreteras que ocurren por año en Estados Unidos, llamó la atención de la prensa y el público por dos notables motivos: uno, la mujer era la esposa de un importante empresario de la costa oeste y, lo que es peor, parecía haber enloquecido; dos, las circunstancias estuvieron rodeadas de ese morbo que gusta tanto a los periódicos amarillistas.

Pero antes de ahondar en los misterios del caso quisiera exponer un fragmento de una de las primeras notas periodísticas que aparecieron a pocos minutos del accidente. El texto pertenece a un enviado del periódico *L.A. Times*:

MEDIANOCHE DE AYER: FATAL ACCIDENTE EN LA OLD PACIFIC

Por motivos que se siguen investigando, en las primeras horas de este día se produjo un accidente con desenlace fatal en la vieja carretera que bordea el Pacífico. Una camioneta Honda,

que conducía una mujer de unos veinticinco años de edad, chocó contra el pilote de un puente a medio construir, luego volcó y terminó incendiándose. Como resultado de este evento, un niño de siete u ocho años falleció y otro menor quedó en estado grave, quien fue trasladado en forma urgente al Hospital de Niños de Los Ángeles. La conductora, en estado de shock, resultó ilesa y fue atendida por personal de la patrulla fronteriza de Onofre.

Me resulta en especial interesante este fragmento porque quien lo escribió no tenía idea de quiénes eran los implicados, y por lo tanto no hay rastros de esa sanguinaria distorsión periodística que se llevó a cabo poco tiempo después, en perjuicio de Itzel. Son los hechos puros, narrados con el apresuramiento de una primicia a las dos y media de la madrugada: un accidente, un chico muerto, otro grave, la conductora ilesa. Una enumeración fría y objetiva, que no obstante tuvo la repercusión de un terremoto en la vida de Itzel.

Pero comencemos con los enigmas.

El primero, y tal vez principal, tiene que ver con la *ubicación y la hora* del accidente. Es decir, Itzel vivía en los suburbios de Long Beach, casi todos sus conocidos vivían allí (a excepción por supuesto de sus parientes en México), tenía una rutina bastante definida en la que solo salía de la ciudad para los paseos dominicales en familia hacia alguna playa de los alrededores; por si fuera poco, sus habilidades de manejo eran bastante precarias y hacía menos de seis meses que había obtenido la licencia de conducir... Fue inevitable, en vista de los mencionados antecedentes, que todo el mundo se hiciera las mismas y perplejas preguntas:

¿Qué rayos estaba haciendo allí, en el momento del accidente, a más de noventa kilómetros de su hogar?

¿Hacia dónde se dirigía?

¿Por qué conducía en forma tan temeraria a la una y media de la madrugada, mientras su marido se encontraba en un hotel de Ohio en las vísperas de una convención aduanera?

¿Por qué motivo había tomado la Old Pacific Highway, una carretera oscura y de doble mano que en algunos lugares estaba parcheada y mal señalizada, en vez de la moderna y mucho más segura autopista I-5 que corre paralela a menos de trescientos metros?

Fueron preguntas que Itzel, interrogada al respecto por las autoridades, se mostró incapaz de responder. Ella estaba sumergida en un ataque de nerviosismo, y habían tenido que sedarla en una habitación del hospital. No bien volvió en sí, lo primero que preguntó fue por sus hijos. Calculo que debían ser las cuatro o cinco de la mañana, y la larga noche aún no se había disipado del todo. Se encontraba sola (James acababa de ser avisado y estaba en camino hacia el hospital de niños), así que imagino la desolación y el terrible sentimiento de irrealidad que debe haberla embargado al enterarse, por boca de unos desconocidos, que Alexander había muerto, mientras que Joseph estaba en coma vegetativo producto de una fractura craneal y posterior pérdida de masa encefálica. ¿Quién puede recibir una noticia así sin volverse loco? Me resulta completamente entendible la reacción inmediata de Itzel. Días después, atribuyeron su comportamiento a una adicción a las drogas, al alcohol, incluso a una personalidad maníaco-depresiva que terminó en un intento fallido de suicidio *en masa*. Pero yo me inclino por la explicación más racional y sencilla: sencillamente, se había convertido en una madre enloquecida por el dolor. Quizá fue por eso que, al escuchar que su hijo mayor estaba muerto, y el otro con su vida pendiendo de un hilo, se abalanzó sobre el médico portador de la noticia y de un mordisco le arrancó un pedazo de mejilla.

Dicen los testigos que la escena fue sangrienta y aterradora, propia de una de esas pelis de zombis que están tan de moda hoy en día. El médico se tambaleó hacia atrás, con el guardapolvo blanco convertido en el delantal de un carnicero. Comenzó a gritar. Itzel, mientras tanto, era sostenida por varias enfermeras, pero ni aun así impidieron la acometida de un segundo ataque. Esta vez Itzel no pudo hacerle mayor daño al médico, quien con los ojos

desorbitados se arrastró en dirección a los pasillos y no volvió a aparecer hasta varias horas después. Un tercer enfermero, rudo y fornido, llegó al lugar. De un solo movimiento sujetó a Itzel por el cuello, y le clavó una aguja hipodérmica repleta de sedantes. Itzel pronunció el nombre de sus hijos una vez más, con voz cada vez más queda, hasta que finalmente —y pese a sus últimos intentos de resistencia— terminó dormida. Despertaría un par de horas después, con su vida ya irreversiblemente cambiada y consumida, como la del protagonista de una novela de ciencia ficción que se despierta en medio del fin del mundo luego de una temporada de hibernación en su hermética y solitaria cápsula.

Mientras Itzel dormía su sueño inducido, James llegaba a la unidad de cuidados intensivos del hospital de niños y recibía las peores noticias: Alexander había recibido graves contusiones craneales y traumatismo cerrado de caja torácica, y había fallecido casi al instante. Su hermano, entretanto, tenía una lesión craneoencefálica con un nivel en escala de coma de Glasgow 3-8, es decir, el peor de los pronósticos posibles. Había llegado al hospital inconsciente y los médicos tuvieron que asistir su respiración mecánicamente; en ese momento evaluaban la posibilidad de una intervención neuroquirúrgica. James se sentó sobre un banco del pasillo y sacó su *smartphone* del bolsillo del pantalón. Marcó un número y se llevó el aparato a la oreja. Al cabo de un momento, alzó la vista hacia el médico que lo contemplaba comprensivo.

—No atiende —dijo James perplejo—. Mi esposa no atiende. ¿Sabe usted dónde...?

—Señor Miller, su esposa está en el hospital de Long Beach, y estuvo también involucrada en el accidente. Quizá quiera hablar con los miembros de la policía... —El médico se giró hacia una de las enfermeras. Su actitud diligente delataba que ya sabía la clase de hombre que era James Miller; probablemente quería brindarle una actuación que lo conformara por completo y le quitara de la cabeza la posibilidad de un posterior juicio—. Vera, por favor, díglele a la señora Fox que el señor Miller quiere comunicarse con los oficiales que están siguiendo el caso. Díglele...

—Tan tarde... —James había regresado su mirada al celular. Tenía la mirada vidriosa, aunque una especie de oscuridad había comenzado a apoderarse de sus facciones. La enfermera que habló posteriormente con los periodistas dijo que en ese momento el señor Miller le dio miedo, porque parecía un animal salvaje y hambriento que acaba de divisar una presa escondida—. ¿Por qué tan tarde?

El médico pestañeó confundido.

—¿Perdón?

—Mi mujer —dijo James con lentitud, como si tratara de comprender el significado de sus propias palabras—. Mi mujer Itzel. ¿Por qué estaba conduciendo el Honda en aquella carretera, a esas horas de la noche, tan tarde? ¿Hacia dónde pensaba ir?

—Señor Miller, realmente me gustaría ayudarlo, pero comprenderá que mi información sobre el caso es bastante limitada y...

—Es raro. Todo esto es muy raro. Me resulta muy... llamativo. Creo que ella estaba...

Se interrumpió y no dijo más nada. El médico y la enfermera se miraron, sin saber muy bien qué hacer. Para alivio de ambos, James de repente volvió a alzar la cabeza, y con voz acostumbrada al mando, dijo:

—Déjenme solo.

Así que los dos funcionarios de la salud obedecieron la orden con gran presteza, apresurándose a abandonar aquel pasillo como si acabaran de recibir una noticia de urgencia en sus propios celulares.

—Creo que allí fue cuando James comenzó a urdir el fin de mi vida en los Estados Unidos —me dijo Itzel tiempo después. Lo decía con voz calma, sin un dejo de rencor, como si hubiese meditado sobre el asunto demasiadas veces, y hubiese llegado a la conclusión de que todo aquel asunto no era más que una parte del pastel podrido que le había tocado, y que no había nada que pudiera hacer para remediarlo—. James era un hombre cariñoso y honestamente comprensivo frente a la gente que él quería, pero tenía otra faceta... La faceta que mostraba a la hora de los

negocios, y que él consideraba imprescindible si quería tener éxito. Cuando se investía en ese rol, se volvía un ser muy oscuro, irascible, maltrataba a los empleados y se obsesionaba con el trabajo. Era una parte de él que yo detestaba.

Le pregunté si alguna vez le había dicho algo al respecto.

—Pues no —contestó Itzel después de pensarlo un tiempo—. Nunca le dije nada. Supongo que... bueno, creía que era algo inevitable. Había una parte de mí que se había convencido de que los negocios en los Estados Unidos se hacían de esa manera: a través de una competencia feroz y bajo la ley de la selva. Es lo que uno ve en las películas, ¿no? Sin embargo, nunca imaginé que esa parte salvaje de James se volcaría hacia mí en algún momento.

Pero eso sería semanas, meses después. De momento, durante las primeras horas del accidente (y salvo ese detalle de la mirada oscura contada por una de las enfermeras a un periódico amarillista), James se comportó como un padre ejemplar y un esposo contenedor, haciéndose cargo del funeral de Alexander y asegurándose de que Joseph recibiera la mejor atención médica, además de dedicarse a consolar a Itzel, que no podía salir de su estado de nerviosismo y constantemente clamaba por sus hijos. Suspendió todas sus actividades empresariales y se recluyó en el hospital de niños para seguir de cerca la evolución de Joseph. Ya para ese entonces, el grueso de la prensa estaba detrás del caso y comenzaba a hacerse los primeros interrogantes: ¿Hacia dónde se dirigía Itzel? ¿Estaba huyendo? Y si esto era así, ¿de quién?

Por supuesto que la propia Itzel fue interrogada al respecto, no solo por los reporteros, sino por la policía local. Ella aseguraba no recordar nada del accidente, ni los instantes anteriores ni los posteriores. No sabía por qué había tomado la Old Pacific ni hacia dónde se dirigía, tampoco podía explicar por qué había chocado el vehículo contra el pilote del puente. Solo recordaba haber sentido vértigo cuando el Honda volcó y luego escuchar una explosión sorda, pero su memoria terminaba allí. Tampoco recordaba haber mordido en la mejilla al médico del

hospital de Onofre, aunque pidió disculpas en público y se manifestó arrepentida por su insólito accionar. Ni sus disculpas ni sus confusas declaraciones fueron muy bien aceptadas por la sociedad; las primeras notas periodísticas dudando de su inocencia comenzaron a publicarse el día después del funeral de Alexander, pero los cuchicheos y los comentarios malintencionados se habían iniciado mucho antes.

Comenzaron a aparecer los primeros testigos; un vecino de Raccon Street dijo que vio a Itzel la noche del accidente subiendo a sus hijos al coche; según su relato, la mujer parecía muy nerviosa y constantemente giraba la cabeza hacia atrás, como si quisiera asegurarse de que nadie la estuviera observando. Un empleado de una estación de gas de la autopista costera del Pacífico, a la altura de Dana Point, juró haber atendido a Itzel; dijo que la mujer hacía movimientos raros y descoordinados, como si sufriera epilepsia. Sin embargo, poco después pudo verse, a través de las cámaras de seguridad de la gasolinera, que el relato del empleado no era del todo exacto. Itzel había estado allí y había cargado combustible, pero no se comportaba de manera extraña, ni tampoco efectuaba esos movimientos antinaturales descriptos con tanta minuciosidad por el imaginativo (y al parecer también mitómano) joven.

Por último, y no por ello menos importante, la declaración posterior del señor Óskar, un inmigrante de origen rumano que atendía un puesto de venta de alimentos orgánicos a la vera de la I-5. Su excéntrica y colorida personalidad llamó de inmediato la atención del público y contribuyó a que el caso se masificara todavía más; cuando el señor Óskar apareció por primera vez frente a la cámara de la señal regional LA-18, con sus rulos de plástico y su elegante bata rosa, sosteniendo en brazos un perrito chihuahua envuelto en una sudadera de los Reyes de Sacramento, los niveles de audiencia subieron a niveles nunca antes vistos por señal alguna de California.

El señor Óskar, según su propia declaración, se encontraba durmiendo en el interior del puesto cuando escuchó el estruendo de la explosión del coche de la señora Itzel. No era común en

él dormir dentro de su tienda (se apresuró a aclarar), pero ese día había trabajado hasta tarde, la noche era cálida y tranquila, y no le pareció mala idea descansar allí mismo. Lo hacía de vez en cuando, explicó, quizás una vez al mes, y entonces él se quedaba escuchando el oleaje del mar y el zumbir de los coches a través de la autopista. A veces, en las noches de cielo estrellado, el señor Óskar salía de su tienda junto con Cookie y recorría la playa, observando las estrellas y...

—Señor Óskar, usted dijo que fue el primero en auxiliar a la señora Miller cuando tuvo el accidente —lo cortó de cuajo la periodista, mirando de reojo hacia la cámara.

—Oh, sí, sí. —Tosió el señor Óskar. Sus manos, perfectamente manicuradas, acariciaban el perro como si quisieran secarse el sudor en él. Señaló hacia un lugar que la cámara no podía encuadrar—. Allí se produjo, a la altura del Puente Oceánico. Así le decimos nosotros, los que vivimos por aquí, a aquel puente que está a medio construir y que se suponía iba a ser el comienzo de un puerto pesquero que al final nunca se hizo. Eso es lo que se dice, ¿sabe? Yo no tengo mucho tiempo viviendo en este lugar, pero lo que se dice...

—Fue allí que la señora Miller chocó su automóvil, ¿verdad?

—Claro, claro.

Los ojitos del señor Óskar se movían de un lado a otro. Su lengua asomaba y volvía a desaparecer, como la de un lagarto tomando sol. Por un momento, dejó de acariciar al perro y, con esa misma mano, comenzó a mesarse el bigote. A esas alturas, era evidente que la entrevistadora estaba desesperada: intuía que nada bueno podría salir de ese viejo gordo que constantemente se ubicaba para que la cámara enfocase su puesto de alimentos orgánicos. Pero entonces, el señor Óskar comenzó a dejarse de rodeos, y contó una historia que dejó boquiabierto no solo a la periodista, sino a toda una nación que en ese momento lo estaba viendo.

El señor Óskar dijo que cuando oyó el estruendo, que resultó tan fuerte como para hacer temblar las paredes enchapadas de su

puesto de venta, él pensó que por fin la planta nuclear de Onofre había estallado y era el momento de huir del lugar. Él había crecido a menos de seiscientos kilómetros de Chernóbil, y pensaba que todas las plantas nucleares del mundo debían eliminarse; cuando llegó a los Estados Unidos, luego de la crisis de Crimea, jamás pensó que terminaría viviendo a menos de doscientos kilómetros de una de esas fábricas de terror y muerte. Pensaba mudarse del lugar en cuanto consiguiera juntar algo de dinero; mientras tanto, atendía su puesto y regaba las tierras de su casita en Onofre durante el día, y por la noche rezaba para que no hubiese otro Chernóbil en la costa oeste americana. Fue por ello que, apenas escuchó el terrible ruido, su mente asoció el escándalo con aquello que durante casi toda su vida había temido, y entonces recogió a Cookie y salió casi desnudo de la tienda, dispuesto a correr hasta que se le reventara el corazón.

Pero no había habido ningún accidente nuclear, por supuesto. Cuando el señor Óskar miró en dirección al mar, vio que sobre la vieja carretera del Pacífico había un resplandor sobre las matas achaparradas de los alrededores. Cookie comenzó a ladrar y con un inadvertido y serpenteante movimiento se soltó del abrazo del señor Óskar, que comenzó a llamarlo desesperado. El perro parecía tener bien claro adónde ir; parecía que alguien desde las llamas de aquel fuego lo invitaba a acercarse. El señor Óskar regresó al interior de la tienda, se puso una bata (no dijo que se trataba de la misma bata rosada que lucía en la entrevista, pero creo que todo el mundo lo adivinó) y se dirigió presto hacia el lugar de los hechos. Temía por Cookie, dijo a la entrevistadora, pero en cuanto logró acercarse al puente, lo que vio hizo que se olvidara de su perro durante unos cuantos minutos.

—¿Y qué vio? —preguntó la entrevistadora. Se mostraba un poco más tranquila frente a las cámaras. Había dejado de observar al señor Óskar con desdén y tal vez había comenzado a intuir, por primera vez desde que comenzara la nota periodística, que tenía una gran primicia entre manos—. ¿Qué fue lo que tanto le llamó la atención, señor Óskar?

—Bueno, en un principio, yo no entendía mucho lo que estaba pasando —titubeó de repente el señor Óskar—. Había una camioneta patas para arriba incendiándose, parecía que acababa de tener un accidente, pero yo me dije: «No puede ser. Si por aquí no pasa nadie...». Entonces vi la columna ennegrecida del puente y comencé a darme una mejor idea de lo que había ocurrido. Pero de todas maneras, una parte de mí se resistía a *creer*, ¿entiende, señorita?

La incredulidad del señor Óskar era por entero comprensible. Yo mismo he estado allí, en el lugar de los hechos, y créanme si les digo que la carretera es como la calle principal de un pueblo fantasma. Solo algunos turistas la recorren, sobre todo en las primeras horas del día y al atardecer. Los automóviles que circulan por ella lo hacen a sesenta kilómetros por hora (como mucho) y la mayoría de los conductores se detiene en algún punto para fotografiar el mar o darse un chapuzón en sus templadas aguas. A menos de trescientos metros, sobre la I-5, los coches zumban y vuelan, pero en la Old Pacific el tiempo parece haberse detenido. El mayor accidente de tránsito que uno imagina que podría suceder allí sería el de una pinchadura de algún neumático, o alguna batería en mal estado que ha dejado a los dueños del coche detenidos sobre el arcén a la espera del auxilio mecánico. No mucho más que eso. Por ello, imagino la sorpresa y el desconcierto del señor Óskar, que presencié en vivo y en directo un espectacular y trágico accidente sobre aquella carretera en la que *nunca pasaba nada*...

—Continúe, por favor —lo insta la joven periodista—. Va muy bien, señor Óskar.

El señor Óskar, que no es inmune a los halagos, vuelve a mesarse el bigote y da un pequeño beso a la cabeza del perro, al tiempo que lo acuna como si fuese un bebé.

—Me acerqué, señorita —dice de repente orgulloso—. Me acerqué porque pensé que los ocupantes de aquel vehículo podían necesitar ayuda. Cuando vivía en Rumania, yo era voluntario del SMURD, ¿se da cuenta? Si bien no soy médico o enfermero, por experiencia sé cómo actuar ante una emergencia. Y eso que estaba

viendo frente a mis ojos, a pocos metros del mar, era una emergencia con todas las letras. Vi que la camioneta había dado un giro muy raro, y que gran parte del impacto lo había recibido la parte trasera del vehículo...

Tampoco en eso se equivocaba el excéntrico aunque agudo señor Óskar. Según las pericias técnicas elaboradas por el Departamento de Vehículos Motorizados, la SUV de Itzel no solo dio varios vuelcos, sino que realizó un giro de ciento ochenta grados con respecto a su posición horizontal. Su parte trasera terminó estrellándose, a unos ochenta kilómetros por hora, contra el pilote de cemento del puente. Eso explica que el frente haya quedado casi indemne en comparación con la parte posterior del vehículo. Explica también el hecho de que Itzel haya salido prácticamente ilesa del accidente, mientras que Alexander perdió la vida y Joseph quedó en coma por culpa del mismo. Tiempo después, un perito explicó en un programa de TV la gran diferencia que existía entre chocar un vehículo de frente o con su parte posterior. Si el vehículo de Itzel hubiese chocado de frente, argumentó el experto, probablemente todos los ocupantes hubiesen permanecido con vida; tal vez con algunos magullones y quizás alguna luxación, pero no mucho más que eso. El asunto es que la SUV chocó en una posición inusual, y todos o casi todos los dispositivos de seguridad fallaron, porque los vehículos no están preparados para recibir un impacto de esa magnitud desde su parte posterior. «Fue como si a un boxeador le hubiesen dado un golpe bajo», graficó el experto, quizás exagerando un poco la situación. «No importa lo bien entrenado que esté ese boxeador: un golpe bajo lo sacará del juego, e incluso podría dejarlo en la lona. Algo así sucedió con el sistema de seguridad de la camioneta de Itzel.»

El resultado: un vehículo incendiado y sus dos ocupantes del asiento trasero en grave estado de salud. Se calcula que la muerte de Alexander sobrevino a los pocos segundos del impacto; el fuego surgido del depósito de combustible no hizo más que restarle unas chances de sobrevida rayanas al cero.

—Pensé que estaban todos muertos —diría tiempo después el señor Óskar frente a las cámaras de televisión—. La camioneta estaba destrozada, y parecía que alguien había arrojado una granada en su interior. Nadie podría haber sobrevivido a esa catástrofe... y entonces veo a una mujer salir por la ventanilla del conductor. Primero asomaron sus brazos, y luego su cabeza despeinada y ensangrentada. Tenía sangre, mucha sangre... Después, me enteré que era la señora Itzel, y que la sangre emanaba de un corte chiquito, en el cuero cabelludo, que siempre sangra mucho y que cuando se corta parece más grave de lo que es... Me asusté, porque la mujer parecía una de esas horribles criaturas de las películas de muertos vivos que pasan por MGM los viernes a la noche. Terminó de salir del vehículo, se irguió y me miró... pero en realidad su mirada me traspasaba. Miraba en mi dirección, pero yo supe que no me estaba viendo. Cookie no paraba de ladrar y de correr alrededor de la camioneta. Pensé que el vehículo podía estallar en cualquier momento y hacernos salir volando a los tres en cuestión de segundos... Me acerqué y la tomé del brazo, y le dije algo así como: «Venga, señora, tenemos que alejarnos». Pero ella se dio vuelta y abrió la puerta trasera. No sé cómo diablos logró hacerlo, porque la puerta estaba arrugada por el golpe y debía estar tan caliente como el cubo de basura de un vagabundo de Nueva York... pero la cuestión es que la mujer la abrió como si nada. Antes de que pudiese hacer algo para evitarlo, la señora se metió en el interior del coche y sacó de allí dentro a un chico inconsciente. Lo sostuvo entre brazos y comenzó a caminar en dirección al mar... yo pensé que tenía intenciones de meterse en el agua. Casi con seguridad se ahogarían. Así que le grité: «¿Qué rayos está haciendo, señora?». Entonces la mujer se detuvo, depositó al chico sobre la arena y se quedó mirando hacia el mar, como un turista recién llegado del desierto de Arizona. Me dio escalofríos.

—¿Y después?

El señor Óskar observó sorprendido a la periodista, como si hubiese olvidado que estaba allí.

—Llamé al 911 y esperé a que los rescatistas llegaran al lugar. —Se encogió de hombros—. ¿Qué otra cosa hubiese podido hacer?

—¿No intentó retirar al otro chico del vehículo?

—Las llamas consumieron la camioneta muy rápido. —Ahora el señor Óskar se había puesto a la defensiva y parecía molesto por la pregunta de la reportera—. Además, yo no sabía que había otra persona dentro. La mujer parecía tan serena, que yo pensé que ya todo el mundo estaba a salvo. Me dediqué a atender al chico y...

—¿No le dijo nada?

—¿Quién? ¿La señora Itzel?

Solo que en su pronunciación defectuosa y atropellada sonó algo así como: «Señoraa Itzerr».

—Sí, la señora Itzel.

—Pues estoy seguro que no, que no dijo nada. —La cámara había comenzado a hacer un lento *zoom* en dirección a su rostro, hasta tenerlo en primer plano. Se vieron los ojos acuosos y ligeramente asustados del señor Óskar. Algunos incluso juraron ver la piel de gallina en su cuello expuesto. Yo solo vi a un tipo con problemas de bebida, que disfrutaba de sus quince minutos de fama, pero muchos otros no compartieron esta impresión. El señor Óskar se había transformado en el Portador de la Verdad, y toda una nación parecía pendiente de cada una de sus rápidas sentencias, dichas con la ligereza de un falso gurú durante su programa de TV a las dos y media de la madrugada—. No dijo nada, no, señora. Solo miraba hacia el mar. Parecía pensativa, pero yo creo que no sabía lo que estaba pasando. Como si estuviera... como si estuviera drogada, ¿entiende? Y en cuanto al chico tendido sobre la playa... ella no volvió a dirigirle la mirada. Ni una sola vez. Ni una sola maldita vez, ¿puede usted creerlo? *Como si no le importara en absoluto la vida de su hijo...*